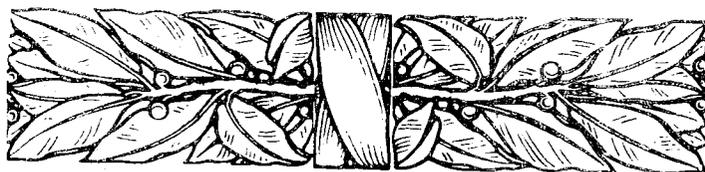
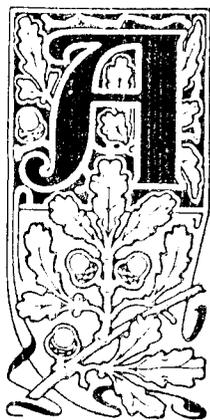


-Desde su peregrinaje físico por la geografía de España, que es reflejo de la andadura constante de su espíritu por la inconformidad, Antonio Fernández Molina pinta, sufre, escribe, sueña, lucha contra la vida y contra sí mismo. En él tenemos un símbolo del artista y del proceso de creación arrancado y parido desde el dolor.

-Y deberíamos detenernos en Palmero, Angel Andrade, Isidro Antequera, García Donaire, Gloria Merino, Agustín Ubeda, Manuel Prior, Luis Pardilla..., o la última hornada con Zaldívar, varado junto a los molinos; Buitrago, desmancheguizado casi en Lavapiés, Y V. Nello acosado en Valdepeñas por figuras geométricas, hombres como maniqués y fantasmagóricos presentimientos.

Las referencias se podrían multiplicar; sin embargo, como muestreo son más que suficientes para demostrar cómo sin unos conceptos previos, históricos, artísticos y técnicos, lo anterior sirve de muy poco, porque apenas realizará función germinadora en nuestro conocimiento o en nuestra sensibilidad. En cambio, conociendo al artista y su obra podemos hablar de corrientes estéticas, afiliarlo a una tendencia y criticar el desarrollo formal que desde los presupuestos estéticos ha realizado según refleja en su producción. Sin el sostén del conocimiento -de la personalidad del creador y de la historia del arte- y la visión de la-s obra-s -contacto directo y relación con ella- toda declaración artística y/o estética, sobre una obra y un creador, no pasa de ser vanal charla de café.



nte esta perspectiva, ¿qué soluciones eficaces, adecuadas y con garantías se pueden poner en práctica? Partiendo de la configuración política de España como un Estado social y democrático de Derecho con reconocimiento de la autonomía regional, pero cimentado en la indisoluble unidad nacional (6), hay que admitir con dolorosa evidencia, pero constatable realidad, que la cultura -como escaparate de novedades y mercado de oportunidades fácticas- se concentra todavía en muy pocos lugares, haciendo que los militantes y admiradores de los frutos intelectuales del arte y la cultura tengan que girar orbitalmente con la esclavitud que supone toda independencia fija y absoluta; también cabe la posibilidad de que, como los insectos en una noche de verano, otros amantes de la cultura, se sientan atraídos por ese destello -muchas veces artificial- y sin distinguir dónde termina la luz y dónde comienza el fuego, caigan consumidos como víctimas de los mafiosos de la cultura.

Por lo tanto, creemos que se impone, como meta, trabajar para conseguir "una España rectificada, justa, sensible, ilustrada y fuerte", según el consejo del viejo observador de nuestra realidad histórica, Américo Castro (7). Una vez realizada esta urgente reconversión -sin manifestaciones, sin orquestaciones de cacerolas,